

Marina Núñez, radical

“La necesidad de *transformarse* en lo que uno es constituye la característica de la vida moderna”

Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*. 2000.

Mucho se ha especulado sobre la capacidad del arte para desmontar nuestros esquemas, para aportar luz a nuestra sociedad decadente y hacernos reflexionar sobre lo que nos deparará el futuro. Parece una ardua tarea, teniendo en cuenta la escasa atención social que se le concede a la creación artística en nuestros días y que suele quedarse en un interés superficial, anodino. Sin embargo, para muchos artistas esa lucha contra lo normal establecido se convierte en una pulsión vital, en el desenlace inexcusable de su camino creativo.

Adentrarse en la obra de Marina Núñez, quien lleva años investigando sobre el complejo territorio simbólico de la exclusión, es como salir corriendo de la “caverna” para caer deslumbrado por un sol cegador. Ella sabe lo que quiere contar y lo cuenta, sin esperar que su “verdad” sea agradable para todos, ¿pero acaso alguna vez lo es? Sin duda, contagiarnos de su fascinación por el lado oscuro de la realidad, por aquello que parece oculto a la mirada fútil del ser humano, termina por abrirnos a la evidencia de que “lo otro” abyecto nos constituye inevitablemente.

Por eso, los seres fluyentes, maleables, dúctiles; proteicos, híbridos, mestizos; inconsistentes, metamórficos, cibernéticos que pueblan sus obras, son hipérboles estéticas de características que forman parte de nuestra propia identidad. El resto es puro simulacro, pura ficción. Una fina cáscara que se ha vuelto frágil y permeable en el mundo globalizado que nos ha tocado vivir, un mundo en el que, como dice Zygmunt Bauman, debemos armarnos de una identidad flexible y versátil que nos permita superar las distintas mutaciones a las que debemos hacer frente.

De esta forma, el trabajo de Marina Núñez nos invita a reconciliarnos con nuestro fantasma interior, a huir de estereotipos y fundamentalismos y a reivindicar lo diferente como fuerza catártica, emancipadora. Para ella, el arte tiene la valiosa capacidad de crear fracturas –silenciosas, dinámicas, constantes– en los sistemas de poder establecidos, energía fluyente, ligera, mudable, que ataca desde la emoción, desde la inteligencia, y que a la larga, perseverando, “sí puede cambiar lo real, sí puede cambiar la vida”.

Sara Blanco